



Los fantasmas del Retiro

JOSÉ
LUPIÁÑEZ

José Vicente Pascual ha afirmado en alguna entrevista que él no cree en «el placer de contar historias», porque lo considera asunto de narcisistas, pero sin duda posee el don de saber contar, que es un don no tan frecuente entre los que cuentan, o se dedican a hacerlo habitualmente. He de confesar que no he podido seguir hasta el presente su dilatada trayectoria narrativa con la atención que se merece, una trayectoria en la que destacan numerosos títulos, tanto de relatos –*Mi corazón africano* (1994), *Perpetua costumbre* (1996), *El vuelo alevé del leve tiempo* (2007)– como de novelas, muchas de ellas reconocidas con importantes premios, desde *La montaña de Taishán* (Premio Azorín, 1990) y *El capitán de plomo* (Premio Café-Gijón 1994), pasando por *El cuarto oscuro* (1995), o las tan celebradas *Palermo del cubillo* (Premio Alfonso XIII, 1995) o *Juan Latino* (1998), hasta las más recientes publicadas ya en este nuevo siglo: *El pescador de pájaros* (2000), *El país de Abel* (2002), *El arpa de oriente* (2003), *El ingeniero y el rey* (2003), *Aníbal y la caverna* (2006), *La diosa de barro* (2006), *Juan de Flores, la verdad de la impostura* (2007), *Homero y los reinos del mar* (2009) y *Las vírgenes del desierto* (2009). Estamos ante una propuesta extensa e intensa, como vemos, que convierte a su autor en uno de los referentes incuestionables de nuestra narrativa actual, a la vista de la gozosa realidad de su obra en marcha. Y para no negar ese dinamismo y esa dedicación en exclusiva a la Literatura con mayúsculas, una aportación más viene a enriquecer ahora su ya aquilatada producción novelística: me refiero a *Los fantasmas del Retiro*, publicada poco antes del verano pasado por la andaluz editorial *Paréntesis* en su colección *Umbra*.

He leído con verdadero placer esta novela mayor (530 páginas), esta historia compleja, jugosa, trepidante, divertida, originalísima, sin dejar de disfrutar y de sorprenderme en cada uno de sus XVI capítulos, enmarcados por un *Prólogo* y un *Epílogo*, seguido de *Nota del Autor*, en la que se comentan y precisan el alcance de algunas licencias, anacronismos intencionados y ciertos pormenores sobre personajes, llevados a cabo «a beneficio de la ficción literaria». Y comienzo por ahí, por desvelar el sentimiento placentero que me quedó tras enredarme en su trama, empujado por su particular sentido de la nostalgia y por el humor, la ironía (y a veces el sarcasmo), siempre vivos a lo largo de toda la peripecia de su propuesta narrativa. A varios meses de su lectura, cuando ya no están tan frescos los detalles de la ficción, ni los nombres, rasgos o manías de muchos de sus héroes, pues otros modelos, escenarios, estilos y sucesos se han ido sumando inevitablemente en el ínterin, persiste no obstante muy vívida la atmósfera de este relato en mi memoria y perdura esta fábula que aúna dos tiempos de nuestra historia reciente en su desarrollo: por un lado el que nos conduce a los más lejanos años cincuenta, y en concreto al de gracia de 1956, fecha de nacimiento del autor; y por otro, el que



EL ESCRITOR MADRILEÑO JOSÉ VICENTE PASCUAL Y LA PORTADA DE SU ÚLTIMA NOVELA PUBLICADA POR PARÉNTESIS, EN LA PUJANTE COLECCIÓN UMBRAL

nos devuelve a la etapa convulsa de las primeras elecciones generales, tras la muerte de Franco. Y esa pervivencia es debida, sin ningún género de dudas, a la pericia creativa del autor, que supo embaucarme como lector y convencerme, gracias a su arte y a su manera de narrar, teniéndome en vilo, mientras gozaba de su oferta ingeniosa e imprevisible... A aquellas elecciones concurre precisamente como candidato, un tanto descreído, por un partido minoritario de derechas –*Unión Española*– Silvano Cervera, personaje central de *Los fantasmas del Retiro*, a quien se nos presenta en el *Prólogo* de esta guisa: «un hombre joven, de aproximadamente cuarenta años, vestido como se suponía debía ir ataviado un dirigente de la extrema derecha, con traje y camisa oscuros, corbata con pasador rojigualda, zapatos muy brillantes y la justa cantidad de gomina en el pelo, no tanta como para conferirle aires joseantonianos pero sí la suficiente para recordar que aún había formas y maneras de ataviarse, estilo propio de quienes habían renunciado a las melenas y barbas de moda en los círculos izquierdistas y no olvidaban el valor simbólico del buen peinarse».

So pretexto de una entrevista para dar noticia de ese partido de nostálgicos acuden a su domicilio de Madrid dos periodistas de *Cambio 16*, con el propósito de recabar información sobre la candidatura de Cervera y su proyecto político. Sin embargo este compromiso se relega a un segundo lugar, pues tras el reportaje gráfico de rigor y la marcha del fotógrafo, Cervera queda a solas con el redactor, con quien pacta una exclusiva que dará pie a la sorprendente historia. Las con-



fidencias de Cervera a su interlocutor, que éste va desgranando y aquél registrando en una grabadora, ocupan toda la novela y conforman su cuerpo central a lo largo de esos XVI capítulos referidos y se convertirán en la morosa evocación de una serie de episodios que llevan de sorpresa en sorpresa al lector, en una trepidante sucesión de acontecimientos insólitos, tras los que se esconden las verdaderas razones de su decisión de presentarse como candidato al Congreso, en aquellos comicios de 1977. No en vano se trenzan, sin atentar contra la verosimilitud narrativa, hechos tan dispares y peregrinos como la noticia real que airea un reportaje de *NODO* de ese año de 1956, en la que, por más extraordinario que pueda resultar, se afirma que las investigaciones de tres científicos españoles del Observatorio Astronómico de Madrid (Gullón, Martín Lorón y López Arroyo) han descubierto la existencia de vida vegetal e incluso animal en el planeta Marte, lo que desencadenará una misteriosa y frenética actividad de varios miembros de la brigada político-social del régimen, y un enredo endiablado en el que se ve envuelto el entonces estudiante de Ciencias Físicas Silvano Cervera, tras asistir a la conferencia prohibida de un supuesto antifranquista, el poeta Alejandro Bareiro, y ser arrestado por asociación ilícita... Luego sabremos de las verdaderas maquinaciones de Bareiro y las de dos científicos alemanes, provenientes de la diáspora nazi, también implicados en el caso del extraño descubrimiento marciano, tanto como algunos otros gerifaltes del sistema que aparecen y desaparecen, a veces transforma-



MADRID ES EL ESCENARIO DE ESTA APASIONANTE NOVELA. SON MUCHOS LOS LUGARES DE LA CAPITAL EN LOS QUE DISCURREN LAS PERIPECIAS DE SUS PERSONAJES. DE ENTRE TODOS ELLOS, DESTACA EL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO, EN CUYAS DEPENDENCIAS Y SÓTANOS, TENDRÁN LUGAR MUCHOS DE LOS HECHOS NARRADOS ESTA HISTORIA

dos, añadiendo siempre interés a una estructura alambicada que, sin embargo, progresa imperceptiblemente, sin que notemos mayores sobresaltos que los de la emoción de asistir a esas metamorfosis sustanciosas y enriquecedoras. Obligado a involucrarse en urdimbre tan inextricable, a la que no es ajena un manuscrito que pasa de unas manos a otras, Cervera vivirá un verano de vértigo como ayudante de un conserje singularísimo, Paco González (Paquito *el tarambana*), acaso de los personajes más redondos de cuantos se dan cita en este retablo de nostalgias y desmesuras maravillosas. Con él compartirá el joven estudiante aquellos meses forzosos de canícula, en el Observatorio madrileño, nido de intrigas y de misterios, que guarda relación en la historia con otra escenografía secreta: el túnel de las obras del metro en Diego de León, tapadera para un proyecto sobre el que se mantiene el mayor sigilo. Dos mundos en convivencia: el oscuro y borroso de las maquinaciones y las conspiraciones y ese otro del Madrid de la época, un Madrid de postguerra, castizo, pobretón, con obreros y dependientes que discuten de fútbol en los bares y combaten el calor veraniego con tintos sin lustre y patatas bravas o bocadillos de calamares.

Pero no todo acaba aquí, hay más personajes magníficamente concebidos: aparte de los inspectores Ciriaco Gaona y Fabián Dearco, arquetipos de policías duros que se nos hacen simpáticos por su hiperbólica mala uva; el rifeño Mohammad al-Assad, dirigente espiritual y visionario, convaliente en su pisito del extrarradio, miembro retirado de la Guardia personal de Franco, que comparte consignas y advertencias casi proféticas con Cervera; el sinuoso periodista Samuel Blayne, de la revista *Popular Science*, o Fernando, un joven representante de la izquierda utópica y bienintencionada, entre otros... En lo que atañe al lado femenino, son tres las protagonistas que resultan de referencia imprescindible, por lo demás perfectamente complementarias: Adela, la limpiadora, mujer franca, pulcra y decidida, decorosa en sus modos y hembra en sazón del todo apetecible, que será una suerte de ángel de la

guarda para Cervera, a quien salva de su primera abstinencia alimenticia y también afectiva, en unos ardientes encuentros nocturnos; Sara, de quien se enamora Cervera, porque según le confiesa a su interlocutor, aparte de diecinueve años «era la mujer más linda, llena de candor y generosidad y más valerosa que he conocido» y, finalmente, Ángela Gullón, la hija de uno de los profesores relacionados con las revelaciones marcianas, «una chica muy bella, de preciosos, grandes ojos grises», universitaria, educada, elegante y desenvuelta que pone su contrapunto de sofisticación, «de aspecto deslumbrante y mestizo entre el genio cálido del sur y la álgida belleza céltica» y que acabará ligándose de forma gradual y decisiva al futuro candidato, desde su primer encuentro en la gloria del Ángel Caído.

Como vemos, son muchos los ingredientes puestos en juego. La sabia combinación de los mismos en este prodigioso encaje de intrigas y acontecimientos nos mantiene permanentemente alertas. Si a ello se añade la destreza estilística, el manejo oportuno de registros diversos en los diálogos, con especial preponderancia de expresiones coloquiales, refranes y humoradas, que conviven con momentos reflexivos en los que una filosofía amable y redentora observa con liberalidad piadosa el tiempo ido de aquella España que luchaba por salir del hondón de la miseria y del aislamiento, o el perfecto y documentado papel que la ciencia juega en todo el relato, comprenderemos el efecto que una conjunción de elementos tan dispares produce en el ánimo del lector. El final admirable tiene mucho de apoteosis. La dosificación en las revelaciones y la concatenación de los mecanismos sorpresivos juegan su baza en todo ello. Nada es lo que parece y nada resulta finalmente como hubiera sido previsible suponer. Siempre hay un golpe de efecto que nos descoloca en esta conjuración de espías, en estos regates policíacos, en esa crítica de las corruptelas del poder, tanto en el terreno de la política (de la *criptopolítica*) como en el de la literatura. Porque también la Literatura está muy presente en esta historia, no sólo por las vicisitudes rocambolescas de los manuscritos que circulan, sino también como componente de relieve en la carne del texto. Hay un homenaje permanente a la escritura que se

cifra, desde diversos ángulos, en los sueños del poeta bisoño que es Cervera, en la curiosidad por saber de ese supuesto maestro contestatario y rebelde encarnado en Alejandro Barceo, en las actividades de la revista de Sara, en el malditismo de Santiago Dávalos y en sus ilusiones por ser novelista, que hablaba de autores y de libros «como si fueran latidos de su propio corazón», o en las reflexiones sobre la creación, la industria del libro o los cenáculos de la oficialidad. Las citas y referencias que salpican el discurso son también elocuentes a este respecto: desde *Las mil y una noches* a *Crimen y castigo*, desde Yeats a Rimbaud, desde Pirandello a Sartre o Camus, desde Blanco White a Pío Baroja o desde Josep Pla a Álvaro Cunqueiro, por mencionar sin orden ni concierto algunos ejemplos que me vienen a la memoria.

Tras «casi doce horas de conversación», el periodista se marcha con las increíbles revelaciones de Cervera a buen recaudo en su magnetófono. El narrador omnisciente retoma ahora la palabra para pintárnoslo en su marcha satisfecho, seguro de que tanto a sus lectores como a sus jefes «les encantaba el rastreo de los viejos secretillos del régimen de Franco, y aquel de los marcianos era grotesco y siniestro al mismo tiempo: la pura España en blanco y negro de *Calabuch* hecha verdad, también pura fábula; y con mucha más enjundia que un cohete ganador en un concurso de pirotecnia». ¿Qué ocurriría ahora si se aplicara el mismo método, el mismo escalpelo, a esta otra España de principios del siglo XXI, en la que persisten tantos perfiles chuscos, tantas demasías, desigualdades y oscurantismos, a pesar de los avances que se predicán desde eso que algunos llaman, como si se tratara de un nuevo evangelio, el estado del bienestar? Magnífica novela, me digo y os confieso, esta última de José Vicente Pascual, especialmente recomendable para lectores de bien y también para esos otros, los de las cofradías que improvisan apoyos oportunistas, para los banqueros, para los políticos, los jueces, los fiscales y todos cuantos siguen dispuestos a poner la ética, la justicia o la moral a favor de la causa de los poderosos, en un ejercicio de entreguismo similar al que se refiere con eficacia y maestría en esta punzante y divertida parábola de *Los fantasmas del Retiro...*